

“Esta carta Aretusa envía a Licotas, si ser mío puedes tú, tantas veces ausente. Pero si cuando leyeres te faltasen palabras, lo borrado, por mis lágrimas lo habrá sido, y si alguna letra con su trazado inseguro te confunde, señal será de que mi diestra ya desfallece.”

Elegías, Propercio, Libro IV, III, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pág. 200)

Aunque existen distintos tipos de cartas, personales y formales, nosotros nos centraremos en las primeras porque en ellas transmitimos nuestra intimidad a la persona ausente; podemos, a través de una carta, mostrar los aspectos más escondidos de nuestro yo. Nuestros pensamientos íntimos quedan al descubierto de una manera próxima y sincera. Utilizamos un lenguaje que expresa confianza y cercanía.

Carta De Sancho Panza a Teresa Panza, Su Mujer

Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora: otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar a gatas. Mujer de un gobernador eres: ¡mira si te roerá nadie los zancajos! Ahí te envío un vestido verde de cazador que me dio mi señora la duquesa; acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos a nuestra hija. Don Quijote mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo: con tres mil y trescientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada a nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo; tomaréle el pulso, y avisárete si has de venir a estar conmigo o no. El rucio está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me llevaran a ser Gran Turco. La duquesa mi señora te besa mil veces las manos: vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras, pero no te dé pena, Teresa mía, que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno; sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él, y si así fuese, no me costaría muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calonjía en la limosna que piden: así que por una vía o por otra tú has de ser rica y debuenaventura. Dios te la dé, como puede, y a mí me guarde para servirte.

Deste castillo, a veinte de julio 1614.

Tu marido el gobernador

Sancho Panza

(Capítulo XXXVI, Segunda parte, *Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes)

Fíjate en todos los elementos que aparecen en la carta que Sancho Panza escribe a su mujer, cuando llega a casa de los duques (desde el capítulo 30 hasta el 57 don Quijote y Sancho son acogidos por unos duques, que viven en tierras de Aragón y que harán creer al fiel escudero que está en una ínsula y que es su gobernador, el gran sueño que le había acompañado a lo largo de

todo el viaje con don Quijote). Aparecen el **lugar** desde donde se escribe la carta, la **fecha** en la que se escribe, el **cuerpo de la carta**, es decir lo que está viviendo Sancho y cómo se siente, la **despedida** y la **firma**.

Faltan el **saludo** y una **post data**.

- **Añádelos. El saludo tendrá que ser acorde con la época (siglo XVII) y la post data será algo que a Sancho se le ha olvidado contar a Teresa.**

Hace más de de dos mil años, un escritor latino, Ovidio, escribió *Cartas de las heroínas*, conocidas también como *Heroidas*. Se trata de una recopilación de cartas escritas por mujeres, heroínas de la mitología, en las que escriben aquello que le dirían, si pudieran, a un destinatario presente. El tema es el amor. Hay súplicas para que sus amados vuelvan, hay recuerdos felices, hay reproches hacia esos amados por no haber sido sinceros, fieles. Nos presentan, como dice Francisco Moya, en la introducción a la obra, “el alma en toda su desnudez” (pág. 8). Y para expresar todos esos sentimientos, Ovidio utiliza los **pronombres personales de primera persona (yo, me, mí)**, los **adjetivos determinativos posesivos (mi, mis)** y la **primera persona verbal**.

- **Observa su uso en los siguientes ejemplos seleccionados.**

En la carta VII, Dido (también conocida como Elisa) escribe a Eneas. Eneas era un príncipe troyano, hijo de Afrodita y Anquises. Cuando Troya cae, consigue huir y emprende un viaje por mar. En Cartago (la actual Túnez) conoce a la reina Dido y se enamoran; pero es obligado por los dioses a partir para cumplir su destino y fundar la ciudad de Lavinio, considerada por los romanos cuna de su imperio.

Dido fue una gran mujer. Según se explica en la *Eneida*, cuando llegó ante unas tierras, que luego serían Cartago, los indígenas le dijeron que le cederían aquellas que pudiera rodear con una piel de toro; cortó, entonces, la piel de toro en tiras muy finas y así consiguió rodear una gran extensión.

“**Arribo** a tierras desconocidas y **compro** el litoral que a ti, traidor, te **he regalado**. **He asentado** una ciudad y cimentado unas murallas que abarcan una gran extensión, motivo de envidia para las regiones fronterizas. Brotan las guerras, extranjera y mujer como **soy, me** amenazan las guerras y a duras penas **puedo** preparar las puertas rudimentarias de **mi** ciudad y las armas.” (*Cartas de las heroínas*, Ovidio, Clásicos de Grecia y Roma, Alianza Editorial, 2008, pág. 137)

En esta carta, Dido censura a Eneas que se marche y la abandone, y quiere transmitirle con toda sinceridad el dolor que siente por ello:

“Como canta el blanco cisne, cuando la muerte lo llama, tendido sobre las húmedas hierbas en la ribera del Meandro, así te **hablo yo**, y no porque **abrigue** esperanzas de conmoverte con **mis** súplicas. Contra la voluntad divina **he dado** comienzo a esta carta. Puesto que para **mi** desgracia **he perdido** ya **mi** buena fama y la honestidad de **mi** cuerpo y de **mi** alma, de poca importancia es perder también unas palabras.” (Ibíd, pág. 131)

La pena que Dido experimenta ante la separación de Eneas es de tal magnitud que la identifica con el fuego abrasando su cuerpo:

“**Me abraso** cual las antorchas rociadas con azufre, como el incienso sagrado esparcido sobre humeantes fuegos. Eneas está siempre clavado en **mis** ojos que no duermen, la noche y el día traen a Eneas a **mi** pensamiento. Él, en cambio, es ingrato y sordo a **mis** dones, y actúa de manera que, de no ser **yo** necia, **quisiera** librarme de él.” (Ibíd, pág. 132)

Y cierra la carta con un grito de dolor:

“No puedes ser cruel por más tiempo **conmigo**”. (Ibíd, pág 140)

En la carta X, Ariadna censura a Teseo su abandono. Teseo, hijo de Egeo y Etra, fue rey de Atenas. En Creta, mató al Minotauro, monstruo de cuerpo de hombre y cabeza de toro, y salió del Laberinto con ayuda del hilo de Ariadna; su objetivo era liberar a los jóvenes atenienses que morían sacrificados para que el Minotauro se alimentara. Ariadna se enamoró de Teseo y le entregó su hilo:

“Una vez que llegara a la entrada del Laberinto debía atar un extremo del hilo a la puerta e ir desenrollándolo hasta llegar al centro, al lugar donde se encontraba el Minotauro. Luego, no tenía más que seguir el camino del hilo.” (*Cuentos de la mitología griega II*, Alicia Esteban y Mercedes Aguirre, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996, pág. 94)

Juntos emprendieron el viaje a Atenas, pero según la carta de Ovidio, Teseo la abandonó en la isla de Naxos.

“Las palabras que estás leyendo te las **envío**, Teseo, desde aquella playa de la que las velas se llevaron tu nave sin **mí**, y en la que para **mi** desgracia **me** traicionó **mi** sueño, y tú, que te conjuraste criminalmente con **mi** sueño.

Era el momento en el que la cristalina escarcha comienza a salpicar la tierra, y las aves a quejarse, ocultas tras el follaje. Aún no despierta del todo, amodorrada por el sueño, **movímis** manos, **incorporándome** para abrazar a Teseo. No había nadie. **Retiromis** manos y por segunda vez **palpo** y **muevo** los brazos por el lecho. No había nadie. Los temores sacudieron el sueño; aterrorizada **melevanto**, y **mis** miembros se lanzaron fuera del lecho solitario.” (*Cartas de las heroínas*, Ovidio, Clásicos de Grecia y Roma, Alianza Editorial, 2008, pág. 165)

Cuando Ariadna comprende que está sola siente perder la vida:

“**Mequedé** más fría que el hielo y apenas viva” (Ibíd, Pág. 166)

En estas cartas, escritas por enamoradas mitológicas, la fantasía da paso al más sincero sentimiento, ante la ausencia del amado. Ovidio llena de ternura y pasión a los seres míticos, convirtiéndolos así en la más pura esencia del “yo”. No interesa a sus protagonistas que las cartas lleguen a su destinatario; el objetivo es mostrar su ser más íntimo, mostrar su estado anímico. Pero, sí hay un receptor, Ovidio no se ha olvidado de él. El receptor es el lector, porque estamos ante una obra literaria. Antonio Prieto escribió en *La prosa española del siglo XVI* (Ed. Cátedra, 1986, pág. 59):

“... esa palabra que late hasta fijarse en la carta no completa su tiempo hasta ser recibida por el destinatario.”

Y hay otro receptor: la propia heroína, le emisora del mensaje que se convierte a la vez en receptora. Como dice Darcie Doll Castillo en “La carta privada como práctica discursiva”, se trata de un desdoblamiento del yo:

“El yo es observador y observado, y también es juzgado, compadecido, o comentado por el propio yo.”

El título de esta unidad, “YO, ME MÍ CONMIGO”, nos lleva a la consideración del ser humano como centro del universo, y en consecuencia a hablar de HUMANISMO y de ANTROPOCENTRISMO. El primero es el movimiento intelectual, el segundo, la mentalidad; ambos caracterizan el RENACIMIENTO.

El Renacimiento es un movimiento cultural, que surge en Italia a mediados del siglo XIV, y que se extiende por otros países europeos durante los siglos XV y XVI. Los humanistas buscan en la mitología la esencia del ser humano. La nueva mentalidad se basa en la reivindicación de la dignidad de la persona, es decir en la exaltación de la individualidad y de la libertad. Cuando el héroe mítico muera aparecerá el ser humano, como dueño de su propio destino y con capacidad para dominar el mundo:

“Oh Adán, no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescritas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. Te he puesto en el centro del mundo para que más cómodamente observes cuanto en él existe. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmases en la obra que prefirieses. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas.

¡Oh suma libertad de Dios padre, oh suma y admirable suerte del hombre al cual le ha sido concedido obtener lo que desee, ser lo que quiera!”

(Discurso de la dignidad del hombre, Pico della Mirandola, 1487)

Aunque seres extraordinarios, los mitos de la Antigüedad clásica, como hemos visto en Ovidio, también tienen cualidades y defectos propios de los seres humanos. Por eso cuando leemos estas narraciones, no las sentimos lejanas.

La escena que decora este vaso , del 420 a.C., narra un episodio de la leyenda de Heracles: su enfrentamiento al dios Apolo por la posesión del trípode de Delfos y de su poder. *(Museo Arqueológico de Madrid)*

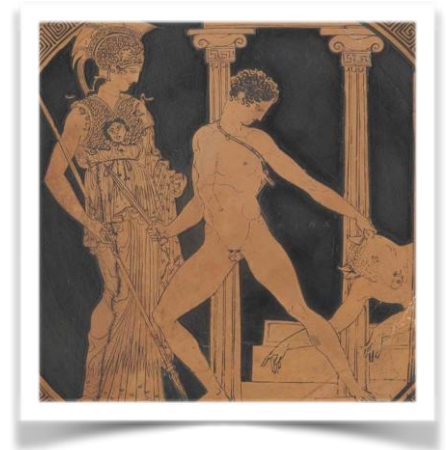


- Elige un cuento de la mitología griega y haz una relación de los rasgos humanos que encuentras en sus héroes. Un buen ejemplo de héroe humano es Ulises. Su objetivo es sencillamente regresar a casa después de la guerra. Como dice Carlos García Gual en *Historia mínima de la mitología*:

“... es fácil señalar cómo se ha convertido en un símbolo del viajero y del peregrino que desafía los peligros del mundo y se defiende de ellos mediante su paciencia y su astucia, ...” (pág. 180)

Señala también lo que les acerca al concepto de dios. Piensa, por ejemplo, en Perseo, Jasón, Heracles, Teseo, Aquiles y sus aventuras fabulosas: Perseo contra Medusa; Jasón y el enfrentamiento con el dragón que custodia el vellocino de oro; Heracles y sus victorias frente a gigantes, monstruos, una hidra de cien cabezas, un toro salvaje.

- Fíjate en los rasgos físicos. El cuerpo de los héroes puede reflejar sentimientos universales. Los sentimientos pueden estar presentes en una obra de arte, en una escultura, de la misma manera, en la descripción que el autor hace del físico del protagonista. El valor, la nobleza, el coraje.



Pintor: Aison. (420 a. C.) En el medallón, Teseo saca del Laberinto al Minotauro ya vencido en presencia de la diosa Atenea. (*Museo Arqueológico de Madrid*)

- ¿Cómo se refleja la valentía moral en los héroes seleccionados? Señala lo que les hizo, para los lectores de entonces, y lo que les hace, para los lectores actuales, ser merecedores del respeto de los demás por seguir la idea defendida por Pico della Mirandola de ser seres dignos, capaces de alcanzar la libertad y escribir su propio destino. En este sentido, recuerda a las grandes heroínas de las tragedias griegas: Helena, Hécuba, Casandra, Andrómaca, Clitemnestra, Antígona, Medea. Todas ellas son mujeres “modernas” para una época en la que la mujer no puede acceder a los Juegos Olímpicos o al teatro.

Lo que más humanos hace a los héroes es la muerte. Porque alcanza a todos por igual. Es el destino de todo ser humano. Aunque parezcan invencibles, no podrán salir victoriosos de esa última aventura.

Y para explicar este punto he seleccionado a una heroína: Antígona.

Antígona es una tragedia escrita por Sófocles. En su artículo “Tragedia” escribe el profesor Pavis (*Diccionario*):

“la historia trágica imita acciones humanas en torno al sufrimiento de los personajes y a la piedad”.

Los asistentes a la representación trágica en la Grecia de Sófocles no buscaban sorprenderse a la vista de la trama vertida por el autor en la escena. ¿Qué buscaban entonces los griegos de ese público conocedor de antemano del desarrollo de los hechos? Que acompañar a los personajes en su destino trágico, como el de Antígona, les hiciera un poco mejores, un poco más humanos.

Tras el exilio de Edipo, sus hijos varones, Etéocles y Polinices, se han enfrentado en lucha fratricida por el reino de Tebas. Y se han dado mutua muerte. Correspondía a Polinices sustituir a Etéocles en el gobierno del reino, según el acuerdo alcanzado de alternar en el trono, pero este se había negado y había expulsado a su hermano de Tebas. Así ha accedido al trono Creonte, quien ordena que se realicen solemnes ceremonias fúnebres solo en honor de Etéocles, y que el cuerpo de Polinices sea arrojado, insepulto, para pasto de rapaces y perros. Se decreta pena de muerte para cualquiera que incumpla las órdenes del regente.

CREONTE: A ti, sí, a ti, a la que baja la cabeza hacia el suelo, ¿afirmas o niegas ser la autora de esto?

ANTÍGONA: Afirmo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE: [...] Y tú, dime, no por extenso, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado no hacer eso?

ANTÍGONA: Lo sabía. ¿Cómo no había de saberlo, cuando era cosa pública?

CREONTE: Entonces, ¿te atreviste a transgredir estas leyes?

ANTÍGONA: No fue Zeus en modo alguno el que decretó esto, ni la Justicia, que cohabita con las divinidades; de ningún modo fijaron estas leyes entre los hombres. Y no pensaba yo que tus proclamas tuvieran una fuerza tal que siendo mortal se pudiera pasar por encima de las leyes no escritas y firmes de los dioses. [...] No había yo de, por temer el parecer de hombre alguno, pagar ante los dioses el castigo por esto [...]. Y si voy a morir antes de tiempo, por beneficio lo tengo, pues el que como yo vive en medio de numerosos males, ¿cómo ese no saca beneficio con morir? De esta forma, para mí al menos el alcanzar este destino en modo alguno es un pesar; más bien, si el cadáver del nacido de mi madre consintiera yo en dejarlo muerto insepulto, de eso sentiría pesar, pero de esto de ahora no me duelo. Y si a ti te parece que ahora estoy llevando a cabo una empresa loca, quizá en cierto modo para un loco es para quien estoy siendo culpable de locura.

Los rasgos de Antígona son la soledad, toma decisiones en soledad, actúa en soledad; es testaruda, cabezota, tiene que serlo porque se encontrará con un montón de obstáculos; confía en ella misma y sus decisiones son responsables y coherentes, porque elige con libertad, aún sabiendo que lo que decida provocará dolor. Antígona se enfrenta a la decisión de Creonte y así arriesga su vida, consciente de ello. Quiere enterrar a su hermano, rendirle homenaje. Comete un delito deliberadamente. Y Creonte dictará sentencia: “que se muera sola” y será enterrada viva.

Será condenada por su rebeldía. Todos los héroes y las heroínas son así. Conocedores de su “yo” buscan salvar al “tú”. Los pronombres personales tienen ese comportamiento. Además, lingüísticamente no tienen significado sin un contexto. “Yo” no remite a ninguna persona concreta si no se le rodea de un lugar y de un tiempo. Su significado varía dependiendo de quién lo use. Depende de quién esté hablando.

EJERCICIO FINAL

Escribe una carta a un héroe o una heroína de la mitología clásica. el motivo para escribirle puede ser compartir un secreto de otro héroe, pedir ayuda, mostrar tu admiración.

Lo importante es que tu carta, aunque dirigida a ese héroe parezca que fuera dirigida a ti mismo, como decía Pedro Salinas:

“Cuántas veces se han dejado caer pensamientos en un papel, como lágrimas por las mejillas, por puro desahogo del ánimo, enderezados más que al destinatario al consuelo del autor mismo. Es esta la forma esencialmente privada de la carta, la privadísima.” (*El defensor*, Alianza Editorial, 1967, pág. 36)

Piensa que tu carta puede ser un documento para conocer el momento de la historia y de la forma de pensar de la época en la que “vivió” el héroe elegido. Puedes, incluso, buscando el lado humano de los héroes, acercarnos a lo cotidiano, así puedes describir escenas que hablen de la comida, de la manera de divertirse, de las relaciones familiares.

No olvides que una carta no es un diálogo, que puede resultar improvisado. La carta es un proceso de escritura y por tanto tiene que ser cuidada. Debe estar bien escrita y para ello habrá que revisarla antes de enviarla. Eso no implica que no puedas utilizar un léxico natural, claro y sencillo. Pero siempre: cuidado y reflexionado, “la actitud reflexiva frente al propio idioma” (Pedro Salinas: “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar.” *El defensor. Ensayos Completos*. Tomo II. Taurus, 1981, pág. 244)

Imagina también la respuesta del destinatario.

En las Cartas de las heroínas, Ovidio presenta tres cartas escritas por héroes: Paris, Leandro y Aconcio, y respondidas, respectivamente por, Helena, Hero y Cipide. Comentaré brevemente la primera. Paris y Helena están enamorados, pero Helena está casada con Menelao; París le escribe esta carta, ante la ausencia del marido para que no desaprovechen esta ocasión:

PARIS A HELENA:

“... si esperas que añada **yo** voz a **mí** comportamiento, **hablaré: me** abraso. Tienes ya las palabras que delatan **mi** sentimiento.

Perdona, te lo ruego, **mi** confesión, y no leas el resto de la carta con rostro huraño, sino con el que conviene a tu hermosura. Ya desde hace tiempo **me** regocija la esperanza de que, al haber recibido tú mi carta, **pueda yo** también ser recibido del mismo modo. ¡Ojalá se confirme!

... si amo herido de lejos por el arco con disparos de flechas, como conviene (*se refiere a las flechas de Cupido, del Amor*), así ruego al destino: no intentes arrancarlas. Acoge estas palabras dichas con toda sinceridad.

...

Cuando te **vi**, **quedé** estupefacto, y atónito **sentí** cómo lo más íntimo de **mi** corazón se hinchaba con preocupaciones nuevas.

...

Ofrécete a **mí**, sin preocuparte de más. Conocerás cuál es la constancia de Paris: únicamente la llama de la pira apagará **mis** llamas.:

Helena, en un principio esquiva, cede enseguida a las peticiones de Paris.

HELENA A PARIS:

“Tú propones que no se escape la ocasión... y que aprovechemos la oportunidad de un marido crédulo. **Me** parece bien y **tengo** miedo; y **mi** voluntad no está suficientemente decidida por el momento; **mi** corazón fluctúa en la duda.

... Que **mi** escritura, cómplice de ocultos pensamientos, detenga aquí su labor secreta ...
Lo demás hablemoslo por mediación de **mis** aliadas ... (Ibíd, págs. 227-259)

A través de estas cartas observamos que hay un relato de los hechos, se trata de contar lo vivido y sentido. En palabras de David Lodge :

“Las cartas son la crónica de un proceso que está en curso”. (*La novela epistolar*, Ed. Península, 2006, pág. 45)

Además, el mismo suceso es visto desde dos perspectivas o puntos de vista distintos. La información que llega a nosotros se complementa a través de la correspondencia mantenida entre los interlocutores. Por ejemplo, en la Carta XVIII de las *Heroidas*, Leandro escribe a Hero para explicarle por qué llegará tarde a su encuentro habitual, una fuerte tormenta dificulta la travesía a nado que el joven hacía cada noche para encontrarse con su amada:

“Si los dioses **me** son favorables y propicios en el amor, leerás estas palabras **mías** con ojos de disgusto. Pero no **me** son propicios. Pues, ¿por qué aplazan **mis** deseos y no **me** permiten andar por el agua que ya **conozco**?

... que **mi** carta pase la noche contigo; ¡ojalá que solo un poco después de ella llegue yo!
(págs. 260-273)

En la respuesta, Hero manifiesta también su impaciencia y se nos desvela el final trágico:

“... entonces **me** pareció distinguir, sin sombra de duda, un delfín que nadaba entre las olas huracanadas. Y cuando el oleaje lo arrojó sobre la arena húmeda, el agua abandonó al desgraciado al mismo tiempo que la vida” .(pág. 286)

Cerramos la unidad con unos versos de una carta, escrita por el poeta turco Nazim Hikmet (1902-1963), dirigida a su hijo. (Citado en *Clásicos para la vida* de Nuccio Ordine, Ed Acantilado, 2018):

TAL VEZ MI ÚLTIMA CARTA A MEMET

“No vivas en la tierra
como un inquilino
ni en la naturaleza
al modo de un turista.
Vive en este mundo
cual si fuera la casa de tu padre.
Cree en los granos
en la tierra, en el mar,
pero ante todo en el hombre”.